

## **PUEBLOS INDÍGENAS: UTOPIA Y RESISTENCIA (SANGRE EN LA SELVA)**

Los terribles sucesos ocurridos en Bagua el viernes 5 de junio han dejado como saldo 24 policías muertos y 01 desaparecido por un lado, y por el otro, 9 nativos muertos, más de 200 heridos y un número no determinado de desaparecidos. Cuando escribo estas líneas el Gobierno ya ha rectificado de su postura soberbia, ha admitido sus errores y buena parte de la responsabilidad en los hechos. ¿Cómo es que se llegó a esta situación límite? Veamos una aproximación:

Todo comenzó con unos artículos de Alan García titulados “el síndrome del perro del hortelano” en los que anunciaba la venta de tierras y recursos naturales de la selva a las transnacionales. Vino luego la delegación de facultades extraordinarias por parte del parlamento para adaptar la legislación al TLC con EE. UU. Es aquí donde García aprovechó la ocasión para dictar los 10 Decretos, motivo de la confrontación, y que ladinamente venían casi todos con “trampa”.

Por ejemplo, el Decreto Ley 1090, uno de los más controvertidos, habla de concesiones de decenas de miles de hectáreas para explotación forestal, agrícola, petrolera y minera en territorios donde hay comunidades nativas e incluso zonas reservadas. (Recordamos que el 72% de la amazonía ha sido concesionada para la explotación de hidrocarburos y que en los últimos cuatro años hubo 48 derrames de petróleo). Promueve el cambio de uso del bosque en tierra agrícola mediante la figura del “interés nacional” y elimina la autogestión del bosque y la tecnología nativa, de poco impacto, por los tractores Caterpillar. El petróleo y la tala ilegal les han sumido más en la pobreza. Por ejemplo, después de 30 años de explotación petrolera en el territorio achuar, -Ríos Tigre-Corrientes- hoy tienen los distritos más miserables del Perú, con una pobreza extrema y sus hijos sufren enfermedades irreversibles, con altos índices de plomo y metales pesados en su sangre.

Los nativos no separan al hombre de la naturaleza sino que tienen una relación espiritual con ella. El bosque es el soporte vital de su cultura, su identidad más clara, y vieron en estas leyes una amenaza legal más, contra su propia supervivencia. Fue entonces cuando miles de nativos tomaron las carreteras, entre ellas la que une la costa con la selva alta. Además, ellos sabían que el Convenio 169 de la OIT, firmado y ratificado por el Perú y con rango constitucional, manda consultar a los indígenas sobre cualquier legislación que los afecte y esto no se había hecho. Eran por tanto inconstitucionales.

Durante casi dos meses los representantes de las Comunidades Nativas (AIDSESEP)\* dialogaron con el Premier y con el Congreso, pero pasaban las semanas y comprobaron que nadie les tomaba en serio. El gobierno les mandaba a negociar con el parlamento y este con el gobierno. La vieja táctica de dilatar, pelotear y aburrir para que desistieran de su postura derogatoria. Para entonces tanto la Conferencia Episcopal como la Defensoría del Pueblo y la Comisión Multipartidaria del Congreso habían respaldado abiertamente la postura de los nativos.

Pero el gobierno seguía soberbio en sus trece. Es ahí cuando el líder de AIDSESEP, Sr. Alberto Pizango, comienza a hablar de insurgencia, aunque no fue más que una declaración altisonante. Ellos no quieren tumbar al gobierno sino reclamar sus derechos. El gobierno por su parte, harto y nervioso, pero no queriendo ceder al pulso nativo, declara el estado de emergencia y la suspensión de garantías en los lugares del conflicto. (Los nativos impedían el paso de vehículos en las carreteras tomadas, con lo cual muchos pueblos y ciudades estaban comenzando a desabastecerse. También habían tomado estaciones de bombeo de petróleo). Como los nativos no cedían al cansancio, el Presidente decide entonces actuar y envía un fuerte contingente de policías a Bagua donde había más de 2 mil nativos aguarunas y huambisas cortando la carretera y comienza un ataque con balas y bombas lacrimógenas por tierra y aire contra los nativos, cuando estos apenas tenían palos y lanzas de madera.

El día anterior el Congreso no había querido derogar los Decretos pese a las llamadas a la cordura, los paros y los apoyos masivos de la población, sino que quiso esperar los resultados de la represión violenta contra quienes habían cerrado la carretera. El enfrentamiento se produce duro y cruel y mueren nativos y policías. En la distante estación n° 6 de Petroperú los nativos tienen rodeados a los policías. Hay un pacto de no agresión mutua que se respeta, pero al escuchar por radio que sus hermanos están siendo acribillados en Bagua a balazos, les atacan, toman sus armas y les matan como venganza. Los menos avisados hablan de salvajismo terrorista o conspiración internacional. Lo cierto es que se toparon con los Awajum y Wampís. Aguarunas y huambisas son pueblos de tronco jíbaro, indómicos, de cultura guerrera, con gran capacidad de unión frente a agresiones externas. Hasta no hace más de 50 años todavía mataban y reducían las cabezas de sus enemigos. Los Incas nunca pudieron dominarles, ni los españoles reducirles. Durante la época del caucho, debido al maltrato que los caucheros daban a sus hermanos, quemaron los centros de acopio y mataron a todos los patronos. Definitivamente en el gobierno se necesitan menos abogados y más antropólogos.

El 11 de junio hubo manifestaciones en todo el país. El pueblo indignado paró y salió masivamente a las calles apoyando a los nativos. Un día antes los congresistas se felicitaban por la suspensión de los Decretos Leyes por los que protestaban los nativos amazónicos. Hubiera sido digno de alabar si no hubiera llegado con dos meses de convulsiones y 34 muertos (de momento). La responsabilidad de estos hechos salpica de frente al Presidente por su soberbia, a los ministros por su ignorancia sobre las comunidades nativas y a los diputados oficialistas por su irresponsabilidad. El error más grave es que el gobierno y cierta clase limeña ve a los pueblos amazónicos como un cuerpo extraño dentro de la nación, como gente manipulable, minusválida...

Se equivocan por entero. Los nativos no son bárbaros ni quieren la barbarie. Hoy la mayoría son, además, cristianos. Ni siquiera rechazan que se explote el petróleo o el oro en sus tierras. Buscan eso sí, que no viertan al río las aguas con metales pesados, que no

contaminen, buscan el reconocimiento de su identidad, la posesión sin amenazas de la tierra en la que viven, de la que viven y con la que tienen una relación espiritual, por tanto, quieren autonomía en su territorio, es decir, una ciudadanía diferenciada dentro del Estado común. Buscan también la modernización, pero sin avasallar su identidad ni su autonomía. Por eso hoy los indígenas amazónicos representan la nueva utopía social y la defensa de la vida: son la resistencia frente al capitalismo depredador que solo tiene por lógica acumular. ¿Será posible aún el respeto hacia el diferente?

La amazonía vale por sus bosques, por sus culturas milenarias, por sus ríos, cochas y quebradas, por sus ecosistemas, donde se encuentra el mayor banco genético del planeta. Contaminar, depredar, hacer monocultivos, beneficia a unos pocos y condena a muchos a mayor pobreza y dependencia. En el fondo luchan dos modelos económicos: uno que busca la gran inversión para explotar los recursos sin importar el medio y el otro, el modelo que considera que la verdadera riqueza es la naturaleza viva, con la calidad de vida que esta ofrece. El ideal intermedio sería, como nos recuerdan los obispos, *“buscar un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario, basado en la ética, que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología humana y natural, que se fundamente en el Evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes”* (Aparecida, 474). (Boletín OALA 2009)